

**DANIEL
ESTULIN**

Autor de

LA HISTORIA DEFINITIVA DEL CLUB BILDERBERG

**EL IMPERIO
INVISIBLE**

LA AUTÉNTICA CONSPIRACIÓN
DEL GOBIERNO MUNDIAL EN LA SOMBRA



bronze



Dedicado a todos aquellos que se niegan a aceptar el espectáculo de la miseria humana y la injusticia como parte de la norma.

A la próxima generación, que, con orgullo y seguridad, ha recogido el testigo sin miedo y ha aceptado el reto.

Lo dejamos en vuestras manos. Sois la última esperanza de la humanidad. El potencial del planeta Tierra es una realidad futura. Ganaremos esta guerra... ¡Y al cuerno con la nueva era oscura del Imperio Invisible!

ÍNDICE

Agradecimientos	4
CAPÍTULO 1 La violación económica de Rusia	49
CAPÍTULO 2 La guerra del Club Bilderberg en Kosovo	113
CAPÍTULO 3 El punto débil del «Aquí no pasa nada»	173
CAPÍTULO 4 ¿El Mercader de la Muerte?	221
CAPÍTULO 5 Ardidés nucleares	376
CAPÍTULO 6 Terrorismo atómico	482
Epílogo	539
Notas Finales	552
Prefacio	5
PRÓLOGO	12

Agradecimientos

A las dos personas que se ocuparon de sus asuntos con tenaz determinación y una sonrisa en la cara tanto en los mejores momentos como en los peores; que han aguantado a mi lado desde el principio hasta el final; y que se tomaron los cambios y las oportunidades de esta vida mortal como verdaderos hombres. A mis amigos, que convirtieron este libro en lo que es: una daga en el corazón de los planes del Imperio Invisible. A Kris Millegan y Russ Becker.

Prefacio

Nací en los buenos tiempos de la Unión Soviética de Leonid Brézhnev, ese lugar pútrido y atrasado que nos vendían como si se tratara del paraíso. En 1980, una semana después de que muriera mi abuela, nos echaron del país. Más de trescientos años de tradición documentada e historia familiar metidos en tres maletas ajadas y una caja de madera que contenía la posesión más preciada de nuestro clan: el piano de mi madre. A los quince años había vivido en algunas de las grandes capitales europeas más espléndidas, así como en otros países importantes. Primero en la Viena de Mozart, luego en la Florencia de Dante y la Roma de Gógol, después en el París de Hugo, a continuación en Canadá y más tarde de nuevo en Florencia, la primera nación-Estado de Europa y el epicentro del Renacimiento. Finalmente, en España. «Finalmente», claro está, de una forma más bien temporal.

En total, perdí un país y recuperé dos, y de alguna forma me las arreglé para extraviar una esposa, encontrar otra mejor, adquirir tres lenguas, un raudal inconcebible de diversión, suficientes penurias y atentados contra mí para varias vidas; y, sin embargo, nada de lo que tiene que ver conmigo ha permanecido inalterable excepto, dicen, mi risa.

El fornido agente de aduanas no estaba de broma cuando se dirigió a mi padre:

—No vuelvan. No queremos a los de su calaña.

Mi padre era un hombre valiente que defendía la libertad de expresión en un país totalitario, pero la ironía que encerraba el comentario de aquel estúpido se me escapó en aquel momento. El eco de la voz de aquel hombre y la expresión de la cara de mi padre aún me traspasan.

—¡Pobrecito! —Exclamó una de mis adineradas tías el día que aterrizamos en Toronto—. Debe de haber sido horrible. Te lo han quitado todo. —Examinó mis escasas posesiones, satisfecha de que hubiera sido, en efecto, horrible

—. ¿Qué es esto? —Inquisitivamente, cogió un pequeño bote de plástico lleno de arena y lo sostuvo a cierta distancia mientras lo estudiaba con recelo.

—Es arena del mar Báltico. Fingió no haberme oído.

—Dime, ¿qué es lo que más echas de menos...? Esa gente tan terrible...

España, sol, arena. Y cuando me agacho para recogerla en las playas de arena blanca de Conil de la Frontera, en el sur de España, veintiséis años se desintegran entre mis dedos. Tomarme de forma totalmente literal mis recuerdos rotos, sin embargo, sería perderme casi todo lo que es relevante de ellos.

La voz de mi tía resuena en los rincones más profundos de mi memoria. ¿Qué es lo que más echo de menos? Que me quitaran mi país en nombre de no importa qué «-ismo» que ellos quisieran legitimar y obligarme a aceptar. El omnipresente «ellos». Los hombres que se ocultan tras el telón. El Imperio Invisible. Me privaron de mi país cuando aún era un niño.

—O estás con nosotros, o estás con los terroristas.

La voz de otro «agente de aduanas», un vigilante de seguridad del aeropuerto, captó mi atención. Me pilló desprevenido, pero esa vez sí sabía quién era, por qué estaba allí y adonde iba.

No, señores, sin duda alguna no estoy con los terroristas, y no permitiré que me acobarden hasta hacer que me convierta en uno de ellos. Estoy aquí para arrojar algo de luz sobre sus delitos. Ahora estoy de mi propio lado. Y del lado de aquellos que son demasiado débiles como para aguantar el azote de la minoría delictiva. Graham Greene lo expresó mejor: «La lealtad de un escritor siempre varía porque las víctimas varían.»

He tenido la oportunidad de hacerme más rico de lo que jamás habría soñado. Gracias a los problemas que les he causado a lo largo de los años, me pusieron en la mano, literalmente, un cheque en blanco. «Escribe la cifra que

consideres justa, y el dinero es tuyo.» Por el rabillo del ojo vi la típica expresión chulesca. ¡Qué bien la conozco! Los aduaneros la lucían cuando agarraron a mi madre por el pescuezo y la lanzaron de cabeza entre las puertas de un vagón de tercera clase: «Brest-Viena», decía, y debajo, pintado a mano, «escoria y emigrantes».

Se me pasó por la cabeza una locura. ¿Y si escribía un uno y añadía nueve ceros? Mil millones de dólares... Me sentí tentado. Mil millones de dólares. Un impulso poderoso me empujaba a coger la pluma. Los dos emisarios se removían con nerviosismo.

Pero ¿y si «ellos» aceptaban? Me recorrió un escalofrío. ¿Y si lo hacían? Entonces, ¿qué? No habría vuelta atrás en el camino hacia la perdición.

Uno de los mensajeros miró el reloj con impaciencia.

—¿Qué hará falta para que lo entienda, señor Estulin? No puede ganar esta guerra. Tan sólo puede prolongar lo inevitable. —Silencio—. Su decisión, señor Estulin.

Su voz era firme, pero estaba absolutamente desprovista de rabia. Resultaba evidente que para ellos se trataba de una simple propuesta comercial.

Pensé en mi padre, un hombre orgulloso al que destruyó un sistema que se sentía amenazado por su inocencia.

—¿Cuántos ceros vale la libertad de un individuo? —pregunté.

El más educado de los dos enviados me deseó buenos días y me devolvió el cheque.

—Puede quedárselo de recuerdo —me dijo.

El papel que me dejó en las manos era, claro está, falso, y ni siquiera constituía un soborno de verdad. Cuando miro hacia atrás, me siento bastante más aliviado que ofendido.

Desde mi punto de vista hay dos implicaciones éticas en esta historia. Una, relativamente superficial y un poco esnob, es que el mal es una forma de vulgaridad. La otra es más importante y más difícil de concretar, puesto que nos lleva más allá de las palabras. Se trata de que el mal, en to-

das sus manifestaciones, debería ser, en sentido literal, «indecible». Si necesitamos debatir, aunque sea en nombre de la libertad y la democracia, cosas como la legitimidad de actos tan viles como la tortura —tal y como se nos está pidiendo que hagamos—, es que ya estamos perdidos.

—¿Por qué haces esto? —me preguntó mi tía poco antes de morir.

Con la inocencia perdida, respondí de forma sombría: —Porque la libertad personal es un imperativo moral. Porque se deben denunciar la corrupción universal y el abuso de poderes y privilegios en los niveles más profundos de la sociedad. Porque me niego a darle la espalda a la inhumanidad y a la violencia.

Si la democracia es el gobierno del pueblo, entonces las camarillas influyentes y siniestras y los programas secretos de los gobiernos son contrarios a la democracia. Excepto que deseemos repetir los errores fatales de un pasado no tan lejano, se debe luchar con celosa determinación contra las esferas clandestinas de predominio que se dan en los gobiernos y que financian campañas secretas contra la población.

—Papá, ¿qué es un imperio? —me preguntó mi hija mientras me tiraba de la manga—. ¿Es eso un imperio?

Con poca seguridad en sí misma, había señalado la cubierta de mi último libro, La verdadera historia del Club Bilderberg. Le di la respuesta sencilla que era adecuada para una niña pequeña, pero en realidad pensaba otra cosa.

Sí, eso es un Imperio con mayúsculas, pero no es como el Imperio ruso o el Imperio británico o el Imperio norteamericano; más bien se trata del Imperio Invisible, inaudito e invisible para la mayoría, aunque sus actividades tienen un impacto poderoso y directo sobre nuestras vidas cotidianas.

La Revolución estadounidense fue una sublevación nacional contra el Imperio británico. Nació como un rechazo desafiante a la legitimidad de la tiranía. ¿Cuál es la autori-

dad moral de un imperio? ¿Cómo podemos establecerla? ¿Por qué es un régimen de libertad superior a las tiranías que hoy oprimen gran parte de la Tierra? A algunos, las respuestas a estas preguntas podrían resultarles muy evidentes, pero para demasiada gente no lo son.

Este hecho constituye por sí mismo una prueba del poder del Imperio Invisible.

Daniel Estulin

Bangkok, Tailandia, 21 de diciembre de 2009.

PRÓLOGO

Una invitación inesperada

En la vida hay mucho de banal, y también hay mucho de extraordinario.

Jesse Ventura es uno de los personajes más extraordinarios que podría haber soñado con conocer. Mide más de dos metros, tiene un contorno de pecho de metro y medio, la coronilla calva y una melena larga y rebelde recogida en una coleta. Sus ojos, cálidos y penetrantes, fueron en su día testigos de demasiada violencia. Y no revelan sus secretos con demasiada facilidad. Más que caminar, arrastra los pies, y habla de forma pausada y reflexiva, con una voz ronca y profunda de barítono que se hizo famosa durante sus tiempos de comentarista de la World Wrestling Federation (Federación de Lucha Internacional). Antes de aquello había sido un luchador de éxito y, antes aún, miembro de la unidad de operaciones especiales del ejército.

Tras retirarse del cuadrilátero se unió a otro espectáculo, esta vez haciendo malabarismos con los papeles de locutor radiofónico, presentador de televisión, actor, autor superventas y comentarista político. Su reputación en esta última tarea como hombre que hablaba sin rodeos hizo que lo eligieran gobernador del libre pensador estado de Minnesota en 1998; había sido el candidato del Partido de la Reforma, y tanto los demócratas como los republicanos intentaron convencerlo para que se presentara a algún cargo del gobierno. Cumplió con su mandato de cuatro años, no se presentó a la reelección y, desde entonces, ha continuado con sus labores restantes.

A principios de julio de 2009 recibí un correo electrónico de los productores de Jesse Ventura. Estaban trabajando en una serie de siete episodios en torno a las teorías de la conspiración y habían descubierto mis investigaciones acerca del Club Bilderberg:

Señor Estulin:

Estoy trabajando en un documental televisivo sobre sociedades secretas y me gustaría invitarle a participar. El ex gobernador Jesse Ventura presentará el programa.

Mi respuesta fue breve y concisa. No tenía ni idea de cuánto sabían sobre el Club Bilderberg ni desde qué ángulo querían enfocar la emisión, pero varios acontecimientos y experiencias recientes, como un desafortunado documental de producciones SeeThink titulado «New World Order» (Nuevo orden mundial), me hacían dudar de las verdaderas intenciones de cualquier persona que pretendiera «llegar al meollo» de una conspiración, ya fuera grande o pequeña.

Le escribí a la gente de Ventura diciéndoles que mi comentario general sobre aquel asunto era el siguiente:

Los círculos relacionados con un antiguo miembro del partido nazi, el príncipe Bernhard, de los Países Bajos (que tuvo que abandonar el partido para poder casarse con la princesa holandesa), fueron los fundadores de los bilderbergers. Se trataba de un organismo patrocinado por la monarquía anglo-holandesa, bajo el mecenazgo directo de los consortes reales británico y holandés. Es una parte significativa y típica de una red cuyos objetivos son los mismos que los del concierto sinárquico internacional de intereses financieros que había respaldado la instalación de regímenes fascistas en Europa entre 1922 y 1945. Sus actividades han estado encaminadas a realizar diversos esfuerzos por establecer un sistema fascista internacional bajo el manto de la «globalización».

Es un asunto que merece la pena estudiar en cualquier investigación sobre las redes interrelacionadas que se asocian con varios acontecimientos desagradables de las últimas décadas.

Siempre recomiendo que la gente lo analice como un fenómeno sociológico más que como una cuestión conspirativa. Ese enfoque sería de lo más beneficioso para enriquecer la comprensión que se tiene de la historia reciente y actual, a la vez que evitaría la estrecha visión «conspirativa»

que, por simplista, en realidad oscurece más de lo que descubre.

Al dar a conocer mi postura por escrito pensaba soslayar el tipo de errores que acaban provocando insinuaciones del tipo «él dijo, ella dijo», sobre todo si las cosas no resultaban como se suponía.

Lo más alentador del enfoque que proponían los productores fue su genuina intención de evitar la clase de fallos que pueden desacreditar tanto al programa como a los participantes. Les dije que tan sólo me involucraría si me ofrecían garantías de que atarían corto a los locos y a los maníacos de la conspiración.

Mi petición los cogió por sorpresa. —¿Y eso por qué, Daniel?

Mi interlocutor tenía acento del sur de California, y su tono me dijo que aquel hombre estaba acostumbrado a dar órdenes y no a aceptar instrucciones. Sin embargo, en aquel caso tendría que escuchar si querían que aportara al programa mi participación y la credibilidad que me había ganado a pulso.

—Porque esto es diferente, caballeros. Estamos enfrentándonos a personas reales y a crímenes reales. Eso por no mencionar el desafortunado hecho de que los medios de comunicación utilizan el epíteto «teórico de la conspiración» para desacreditar a cualquiera que debata las actividades delictivas de esas personas. Bien, les propongo que eliminemos la «teoría» de la conspiración.

Llevo ya bastante tiempo realizando este trabajo. Había llamado la atención de Jesse Ventura y de sus productores gracias a mis libros y a las conferencias que impartí en Norteamérica durante 2007 y 2008.

Conocí el Club Bilderberg un fatídico día de 1992, cuando un doble agente ruso —que tenía la esperanza de utilizar las viejas conexiones de mi abuelo con el KGB para salvar el pellejo— me habló de ellos por primera vez. Fue la

cosa más extraña que había experimentado jamás. No hablo por hablar. Fue realmente raro.

¿Cómo se sentirían si, entre una ensalada cesar y un chuletón con puré de patatas, un hombre con una pluma llena de veneno en el bolsillo de la camisa y al menos dieciocho pasaportes falsos les dijera que Canadá va a ser eliminada y que Quebec, su provincia francófona, está a punto de independizarse porque unos poderosos estadounidenses necesitan equilibrar sus cuentas? Y que Henry Kissinger es un agente del KGB.

Y que mucha (¿la mayoría?) de la «realidad» política consensual es, en verdad, bastante parecida a una obra de teatro. (Este episodio se describe con mayor detalle en La verdadera historia del Club Bilderberg?)

Tenía veintiséis años por aquel entonces. Era joven y estaba seguro de mí mismo. Demasiado seguro, de hecho. Me pareció una experiencia divertida. Escuchaba a aquel hombre y me preguntaba qué pasaría realmente por su cabeza. Sin embargo, siendo pragmático como era, pensé que podría darles buen uso a aquellas historias. Literalmente.

Estaba soltero y, debido a mi naturaleza práctica, decidí adoptarlas como mías. De repente, era yo quien se las contaba y se las volvía a contar a cualquier mujer guapa que conociera en un bar o en un salón de baile. Me convertí en un agente secreto, en un James Bond sin acento británico y sin movimientos sensuales. Cuanto más las contaba, más las embellecía. La búsqueda de pruebas irrefutables de la pertenencia de Kissinger al KGB se transformó en una investigación para desenterrar documentos de la Rebelión del Mau Mau que se dio durante los años cincuenta en Kenia. Y así sucesivamente.

Entonces llegó 1995 y Quebec no escondía su deseo de separarse del resto de Canadá. Mi país de adopción estaba confuso, al igual que yo. Recordé mi chuletón con puré de patatas.

Y a aquel hombre extraño y reservado, Vladimir, que me había contado con toda naturalidad cómo se iba a desarrollar el proceso político completo..., paso a paso y con tres años de adelanto.

—Brian Mulroney [que por aquel entonces era primer ministro de Canadá] es su hombre —me había dicho—. Tienen que tenderle una trampa para que cargue con la culpa. Necesitan acabar con el Partido Conservador Progresista [el partido más antiguo de Canadá] y utilizarán a los liberales para promocionar su programa.

Se limpió las manos en la servilleta. En verdad, estrujó con tanta fuerza aquel pobre trozo de tela que pensé que Vladimir terminaría con las manos teñidas de su color rosa.

Entonces, ante mi total incredulidad, me describió con minuciosidad cómo una serie de sorpresas electorales conducirían a que el Partido Liberal tomara el control del Parlamento, con Jean Chrétien (el hombre más odiado de Quebec) como primer ministro. Una vez desbancados los conservadores progresistas, el papel de principal opositor de los liberales recaería sobre el Partido Quebequés (PQ), el partido nacionalista de Quebec.

—¡Estás loco! El PQ es un partido regional lleno de fervientes nacionalistas, pero no tienen representación alguna en la Canadá anglófona. ¿Por qué iban a votarlos los canadienses?

—Dividirán el voto entre los partidos regionales, mientras que toda la provincia francófona de Quebec votará en *masse* al bloque separatista. —Se volvió y llamó a un camarero—. Tomaré otro plato de puré de patatas y un bistec, por favor.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —recuerdo haberle preguntado con ironía tras unos segundos de silencio; me divertía aquel hombre ridículo que estaba sentado frente a mí.

—Es demasiado tarde —me contestó mientras se sacaba un palillo del bolsillo—. Las piezas ya están alineadas.

Menos de seis meses más tarde de aquel profético almuerzo, y menos de cuatro después de que Vladimir desapareciera, el Partido Conservador Progresista de Canadá fue arrasado en las elecciones más desiguales de la historia del país. Brian Mulroney cayó en el limbo político. De una mayoría apabullante, su partido pasó a tener cinco escaños. Jean Chrétien, el líder del Partido Liberal, se convirtió en el nuevo primer ministro. El Partido Quebequés se puso al frente de la oposición en Canadá —con Lucien Bouchard, miembro del Club Bilderberg y el hombre de David Rockefeller en Quebec, como líder oficial de la oposición, y con un bloque de separatistas más numeroso que nunca—. Un partido occidental de derechas, el Partido de la Reforma (sin relación alguna con el de Jesse Ventura), resultó la tercera fuerza en el Parlamento de Ottawa.

El referéndum sobre la libre determinación de Quebec de 1995 se convirtió en noticia de primera página a lo largo y ancho de Canadá. Sentimientos astutamente manipulados saltaban de la arena política a los ayuntamientos de pueblos y ciudades, a los centros comerciales, los bares y restaurantes, las peluquerías y los patios.

—Quebec es diferente. No somos Canadá. Tenemos derecho a ser una nación —decían algunos.

—¿Queréis marcharos? ¡Hacedlo! Pero no volváis. ¿Quién será vuestro socio comercial? ¿Francia?

Los quebequenses decían:

—¡Nos largamos!

Y el resto de la indignada y manipulada Canadá, llena de personas confiadas a las que dirigían desde las bambalinas, decía: —¡Idos al infierno y no volváis! Mentiras y más mentiras.

Se puede decir con seguridad que el siglo XX y los primeros años del XXI pasarán a la historia por la eterna monotonía de las mentiras que todo el mundo se creyó. La bala mágica que mató a JFK, el 11-S, las armas de destrucción masiva en Iraq, el edulcorante artificial que es bueno